



Arte de Atilio Carrasco.

CANCIÓN PARA LOS HOMBRES SIN ROSTRO

Manoel de Andrade

a José Macedo de Alencar

No canto mi dolor...
dolor de un solo hombre no es dolor que se proclame.
Canto el dolor de los hombres sin rostro
canto a los que cayeron acribillados
a los hombres escondidos
a los que conocieron la nostalgia del exilio
a los encarcelados.
Canto a los parias de la vida...
a los ébrios, a los mendigos y a los toxicómanos.
Canto a las prostitutas
y a las mujeres que se fueron con el hombre amado.

Canto a la multitud que entra y sale por los portones de las fábricas
a los que ven nacer el día en el asfalto de las carreteras
a los lavadores de autos y a los que venden loterías
canto a los recogedores de basura y a los serenos
a las largas filas de personas que esperan colectivos en las plazas
y a los extranjeros que aquí vinieron a vivir.
Canto a los hombres sin raíces, sin familia, sin patria
canto mi sueño cuando canto a los que vivieron el mar
que arribaron a países distantes
y conocieron hombres de muchas razas...
y cuando canto a los navíos,
canto a mi corazón de barco.

Me gusta cantar a todo lo que veo
a los hombres que conozco
y a los que todavía no comenzaron a existir para mí.
Me gusta caminar solo y con las manos en los bolsillos, por las calles y por la vida
me gusta hablar con las gentes de los almacenes,
de los mercados, de las oficinas,
de los surtidores de gasolina,

de los puestos de revistas, de las agencias de viajes,
con los ascensoristas, con los obreros municipales
y otros hombres, otros.

Y canto a los niños que juegan en los parques
y saltan cuerdas en las aceras
y canto a los hombres que van a las tablas a representar el drama de los otros hombres.
Yo canto para todos los hombres...
mis hermanos en todas las razas, nacionalidades y creencias,
canto más allá de todas las fronteras
porque bajo la bandera de la paz yo canto;
y por la fe que me ilumina
y por esa canción escrita en mi pecho,
yo canto a la humanidad entera.

Canto a la vergüenza de ser brasilero en un tiempo defecado
canto a mi pueblo
y si todavía no canto a mi país,
es porque no sé cantar en presencia de hombres indecentes;
yo canto sobre todo a aquellos que preservaron su sueño,
a los que pudieron morir por él,
canto a la memoria de un guerrillero argentino.

Y he aquí que mi verso se endurece
para que yo cante mi mejor combate
porque solo así puedo cantar a los hermanos y camaradas
reclutando compañeros para la lucha...
y cuando mi canto es hecho para los oídos de justos,
yo canto sin temor,
para que mi canción palpite solitario y solidario
en el corazón de los que se preservaron del lodo.
Canto sin miedo y sin juego
y enfilo mis versos para la lucha
listos para herir como bayonetas
prontos a morir cuando sea preciso.

Como guerreros invisibles
mis versos se infiltrarán en el país de los corruptos
por las fronteras de las entrelíneas
y renacerán en los labios de los militantes
ora como una flor, ora como un fusil.

!¿Ah, qué tiempos son esos ?!
ya no renonozco en estos versos los versos del poeta que fuí,
mi canto es hoy un canto transtornado por los pactos inhumanos de los hombres,
por el triste deber de indignarse,
por la violencia estampada en los titulares de los diarios...
y es así que un poeta no canta sin que su verso casi desfallezca.

Y ahora...

en esos días enlodados de actos y decretos,
en ese tiempo suspendido en un mástil sin banderas,
en esa nación de hombres que ingieren caldo de gallina,
en ese momento tísico
en que solamente los astutos se regocijan,
en esos años en que la sangre de América es un inmenso canto de esperanza,
este poema llega así, tan de repente,
rogando licencia para hablar conmigo
y me encuentra postrado en una bacanal de cosas fútiles.
un inconciente tal vez...
un hombre inútil
casi un desertor
Dios mío, casi un desertor.

Ah, mis versos
mi absolución...
en ellos renazco transfigurado y fuerte
y cabalgo el universo entero
y camino lleno de amor por todos los seres
y por todas las cosas;
lleno de asco por los tiranos
y por los hombres hipócritas
y siento el corazón limpio y macizo de ternura
y mi canto crecer y explotar más fuerte que la bomba.

Ah, mis versos,
mis versos que no son míos...
que son de todos los hombres y de todas las mujeres que yo canto;
que son de todos los que se aproximan de mí
y que hablan conmigo.
Mis versos que al final nunca serán de nadie,
caminando por la terrible soledad blanca del papel,
por el itinerario clandestino de las gavetas;
estampados en las palabras escarlatas de mi revuelta pública,
impresos en mi mirar solitario de samurai.

Yo canto para todos los hombres
sin ambargo, en ese tiempo,
yo canto para los hombres sin rostro...
aquellos que se pierden en la multitud de las grandes ciudades
y que maduran, día a día,
los puños para la lucha.

Curitiba, septiembre de 1968